

LA UNIDAD CATÓLICA,

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS

DE LAS BALEARES.

SEGUNDA SERIE.

Esta Asociación no solamente esquivada sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretexto para que se la confunda con ningún partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

ENSEÑANZA.

III.

Demostrado que la enseñanza no puede ser absoluta, sino que debe ceñirse á ciertos límites, falta averiguar ahora cual debe ser el criterio que la dirija.

Hay quien pretende que la enseñanza no debe tener mas guía que la enseñanza misma. Esos libre-pensadores que no admiten la infalibilidad del magisterio de la Iglesia y de la palabra divina, no dudan reconocer en la discusión esta sobrehumana prerogativa, proclamándola maestra infalible de las sociedades.

Permitásenos revistar los títulos que alega esa democrática soberana para empuñar el cetro de las inteligencias.

¿Por dónde se ha podido averiguar que sea la discusión un criterio infalible? De la discusión brota la luz, se dice. La experiencia enseña que de ella también brota el caos; pero supongamos que discutiendo se haga la luz, ¿deberemos decir que esta luz haya brotado de la discusión? Esta habrá sido el eslabón que golpeando el pedernal de la inteligencia nos ha dado la centella de la verdad; pero esta centella no brota de la discusión, brota de la inteligencia donde existía escondida. Por mas que golpeeis con la discusión la inteligencia, si allí no existe la luz, si solo hay principios erróneos é ideas falsas, no esperéis ver brotar sino erradas consecuencias y falseadas aplicaciones. Discutiendo sobre principios tenebro-

sos, no se sacan sino tinieblas. Así pues, *la luz brota de la luz*, que no de la discusión. Y eso es cabalmente lo que nos falta; falta luz, faltan ideas claras, faltan sanos principios, y sobra discusión.

Pero no bastan sanos principios; para que la discusión sea provechosa, se requiere además comprensión y lealtad. Ha habido singular empeño en llevar la discusión á todas partes; el mercader, el artesano, el mozalvete, la muchacha desenvuelta, discuten sobre altísimas verdades y espinosas cuestiones. No parece sino que ha llegado ya aquella dichosa edad de oro en que todos los hombres nacerán sabios, en que el revendedor de escobas y la revendedora de periódicos, si no mienten los augures del progreso, llevarán montada en su nariz toda la ciencia de Platón y toda la elocuencia de Demóstenes. ¿Y qué es de la lealtad? En el taller, en el café, en el banquete se discute, se perora, se declama estrepitosamente. Cualquiera adivina que aquella voz, aquel tono, aquel ademán no son los de la razón que persuade, sino los de la pasión que seduce.

Ahora bien; sin comprensión la discusión se pierde, como la voz en el desierto.

Sin lealtad la discusión arraiga mas los errores, como arraigan los vientos los sembrados que azotan.

Sin sanos principios la discusión, en vez de clara antorcha, es tizon humicante que inficiona y entenebrece el aire que nos rodea.

Nótese lo que pasa en esas eternas discusiones, y se verá que generalmente, cuando no falte uno de los tres requisitos, faltan los tres á la par.

A mí no me sorprende la *astucia* de los que nos imponen este sistema, lo que sí me sorprende es la *candidez* de los que lo admiten, lo celebran y lo aplauden. Decidme, hombres *previsores*, ¿admitís el sistema de la fuerza repelida por la fuerza? ¿No queréis una ley, un código y un juez? Pues, ¿por qué lo que os place en el orden de los hechos, os disgusta en el orden de las ideas? por qué no ha de haber también aquí su juez, su código y su ley? ¿No son acaso las ideas generadoras de los hechos? es que las ideas no sacan sangre? y á qué se debén esos torrentes de sangre derramada, sino á los filos de una idea? ¿Es que la palabra no mata? y no mata la enseñanza impía? no envenena el corazón y la inteligencia, extinguiendo en ellos los gérmenes preciosos del bien y de la verdad? ¿Es que la discusión supone fuerzas iguales y deja íntegra la libertad? ¿Y acaso el maestro, el periodista, el tribuno luchan con fuerzas iguales, cuando engañan á los candorosos niños, á los simples lectores, á las masas *inconscientes*? qué libertad les queda á esos inocentes, para resistir á la seducción de los malvados? La misma sin duda que tiene el pájaro inofensivo, para resistir á la fascinación de venenosa serpiente.

Resulta de ahí: 1.º que entre el que enseña y el que aprende no es posible más discusión que la de la ciencia con la ignorancia; 2.º que entre los jefes de escuela, de secta, de partido, más bien que una discusión imparcial y concienzuda, reina el espíritu del ciego proselitismo; y 3.º que no siendo infalibles los que discuten, no puede serlo la discusión, ni por tanto tomarse por criterio seguro de la enseñanza.

Bien, se me dirá: comprendemos que no ha de ser todo discutible; comprendemos que en todo orden de conocimientos ha de haber un terreno sagrado donde se guarden las verdades necesarias, los principios salvadores; pero ¿queréis cercar ese campo con un muro de hierro? acaso la misma conciencia de la hu-

manidad no señala esas verdades, y las levanta sobre todos los embates de la discusión? Pues si queréis señalar á la enseñanza otra guía que no sea la discusión, esa guía no puede ser sino la que la misma humanidad se impone por medio de *la moral universal*. Todo otro criterio no está á la altura de nuestro siglo.

No disputemos á los modernos sofistas una gloria, la de que por absurdas ó torpes que sean sus teorías, atinan siempre á colorearlas con galanas y sonoras voces. ¡Moral universal! Quien dice *moral*, dice probidad, honradez, entereza, virtud. Quien dice *universal*, dice gravada en todas las conciencias, sancionada por el asentimiento de la inteligencia y del corazón de todos los hombres. Quien á solas las palabras atiende, ¿cómo ha de tener inconveniente en admitir como reguladora de la enseñanza esa moral que no aparenta ser sino la conciencia de la humanidad, esa conciencia informada por el catolicismo, amamantada á sus divinos pechos con la leche pura de santos preceptos, de altísimos dogmas?

Pero desnudemos este sistema del manto de oropel que lo envuelve, y veamos lo que nos queda. En teoría nos queda un absurdo; porque esa llamada moral universal no es, como aparenta, la ley de la santidad increada, escrita por el dedo de Dios en la conciencia del hombre; no es, digo, esa ley eterna, indefectible é inmaculada, que sobrevive á todos los errores, á todas las preocupaciones, á todos los descarríos de la ciega humanidad; es por el contrario el conjunto monstruoso de esos errores, de esas preocupaciones, de esos descarríos. La moral universal es la moral del católico y del incrédulo, del hombre culto y del salvaje; es esa moral que para el cristiano irradia de la cruz con los esplendores del amor divino, que para el materialista se exhala de los sentidos entre las hediondeces del placer, que para el sofista brota de la razón envuelta en los vapores del orgullo, que para la horda selvática se impone por la fuerza con los horrores del fetiquismo. Esta moral no es propiamente universal, puesto que no es la misma para todos: pudiera llamarse moral privada, puesto que cada uno

la define, la modifica, la interpreta y la aplica según sus privados intereses; de manera que viene á ajustarse á cada una de las conciencias, como se ajusta al cuerpo el vestido. Es tal y tan admirable la elasticidad de esta moral, que los mas raros ingenios se han fatigado en vano para definirla, y al fin se ha quedado indefinida é indefinible. Una frase con todo la define exactamente; la que la llama *moral libre*, es decir, vínculo que no ata, lazo que no estrecha, cadena que no sujeta.

Esa moral tan absurda en teoría es torpe é impura en la práctica. Admite y sanciona todos los excesos, sin imponer mas deber que el de blanquear un poco el sepulcro de la conciencia. Según esta moral bien pueden divinizarse todos los vicios, pero es preciso que el ídolo, el altar y el culto guarden cierta apariencia de *decoro*. Puede la muger entregarse á la vanidad, al lujo, al placer, á la lascivia, pero con tal que salve las apariencias del *honor*. Puede el hombre ser jugador hasta arruinar el patrimonio de sus hijos, avariento hasta chupar la sangre del pobre, impío hasta negar á Dios, al alma, el bien, el mal, la libertad, sensual en fin hasta gastar su salud en la embriaguez, en la crápula, en la licencia; con tal que procure no aparecer *cándido* en el juego, *ridículo* en la avaricia, *repugnante* en la impiedad, en los placeres *indecoroso*, ya podrá blasonar de su *intachable* conducta, y hasta declamar estrepitosamente sobre *moralidad* y *honradez*, sin que le remuerda su *conciencia inmaculada*.

Mas esa *decencia*, ese *decoro* que viene á ser el único precepto positivo de esa moral estraña, no es sino una *decencia relativa*. No es la misma en el salón que en el garito, en la asamblea que en el club, en el teatro que en el lupanar. Así que todo consiste en que sepa el hombre doblegarse á las circunstancias y representar su papel. Ahí teneis reducida á sus justas proporciones la gran divinidad que adora el siglo. Quien con esa moral se satisface, triste idea nos dá de sus condiciones morales.

Aplicad ahora á la enseñanza el criterio de esa moral absurda y torpe, y vereis como el

maestro puede muy bien enseñar toda clase de errores, con tal que lo haga en nombre de la *ciencia*; el escritor puede inspirar todo género de malas pasiones, con tal que se exprese en *buen estilo*; y el orador puede azuzar á todo linaje de desmanes, con tal que guarde en sus arranques el *buen tono*. Ese *tono* empero es según el lugar y las personas: grave y altivo para el ministro que delante de los honorables padres de la patria formula una ley en que declara *lícito, honesto y legal* el amancebamiento; rastrero y tosco para el demagogo, que encastillado en la mesa del bodegón, esplica á unos beodos la *justicia* y la *heroicidad* del asesinato.

Creo que ninguno de mis lectores ha de hallar admisible esa moral, como regla de la enseñanza. Con todo, para darla por admitida, yo solo exijo tres requisitos; un *código* en que se determinen sus preceptos, un *ojo* que vigile su observancia y una *mano* que castigue sus trasgresiones. Pero mientras ese *código* esté escrito en la arena, mientras ese *ojo* no penetre las conciencias, mientras esa *mano* sea la del mundo que así inciensa la virtud como teje coronas á la iniquidad triunfante, declaro que ese decantado criterio de la moral universal, si está á la *altura del siglo*, no está á la altura de la razón ni del evangelio.

El evangelio! ved ahí el criterio infalible de la enseñanza!

El evangelio es el código inmortal de las conciencias. Lo que el dedo de Dios grabó en el corazón de cada hombre, ese mismo dedo lo grabó con mas claros é inteligibles caracteres en las páginas del evangelio.

En el evangelio hallamos el dogma y la moral del catolicismo. Su dogma es la estrella polar, que orienta y guía las ciencias en sus largas y peligrosas escursiones. Su moral es la brújula, que encamina á feliz puerto la barquilla del corazón en turbulentos mares engolfada.

Decidme, ¿qué linaje de enseñanza no tiene en el evangelio completa y segura guía?

¿Se trata de verdades naturales? Allí está recomendada la inocencia del niño *que los ángeles guardan*; allí está condenada la mira-

da libre, la palabra procaz, el pensamiento impuro.

¿Se trata de verdades científicas? En el evangelio están los fundamentos indestructibles de la ciencia: Dios, la creación, la providencia; el hombre, su caída solidaria y su redención reversible; la verdad y su origen, el bien y sus destinos. Cien veces ha creído la impiedad confundir al evangelio en nombre de la ciencia, y cien veces ha tenido que retirarse como los fariseos, enmudecida y avergonzada.

¿Se trata en fin de verdades religiosas? Ahí está la religión con sus dogmas, sus preceptos, su Hostia, su altar, su sacerdocio; ahí está la Iglesia con su espíritu, su forma, su gerarquía, su misión, sus progresos, sus martirios y su indestructible predominio.

Oh! donosa locura por cierto la de esos Diógenes, que en plena luz del medio día, rodeados de los resplandores del evangelio, encienden la linterna de la *discusión*, y pretenden guiarnos á la luz pálida y enfermiza de la *moral universal!*

MIGUEL MAURA PRO.

JESUCRISTO.

II.

Los que tratándose de Jesucristo han reemplazado su título de *varón de dolores* con el de *varón ilustre*, sin duda lo han hecho ó por no atreverse á chocar abiertamente con lo que ellos tildarían de inveteradas preocupaciones, ó porque tal es el juicio que de él han formado considerándole bajo un punto de vista puramente humano. En este caso debemos suponer que no se han dejado llevar de la corriente, y que para nada han tomado en cuenta las creencias de los que proclaman su divinidad, ni las tradicionales fórmulas de respeto, ni los encumbrados elogios que en una larga serie de siglos se le han tributado. Todo esto á sus ojos no pasa de ilusiones de cerebros enfermizos, de excesos del sentimiento religioso mal dirigido. Es el cristianismo, según ellos, una magnífica exageración que ha dominado el mundo, y que ahora convendría se redujese á menos amplias proporciones. Invención superior á la dureza exclusivista del monoteísmo judaico, á las

nebulosas teogonías del oriente y á la impúdica mitología greco-romana, ha sido un paso de progreso incontrovertible y grandiosa palanca de la civilización en otras edades; pero en la nuestra se puede ya prescindir de las suposiciones de su origen, y basta dejarlo acomodado á las exigencias de una sociedad bien organizada. Así se intenta despojarlo de su derecho divino, para transformarlo en institución humana. ¿Cómo si una cosa pudiera permanecer sin la razón de su existencia! ¿Cómo si ignorasen que los reyes, perdido el derecho divino, se ven espuestos á perder fácilmente su trono! Las grandes instituciones, como los grandes edificios, solo descansan aseguradas en cimientos sólidos y profundos.

Por más que se desdeñe la autoridad de la Iglesia, por más que se repudie la creencia en la divinidad del cristianismo, el que emprenda el trabajo de estudiar la vida, los hechos y el carácter de su fundador reducido á la condición de mero personaje histórico, tendrá que acudir precisamente á los relatos evangélicos, siquiera como á documentos justificativos de sus apreciaciones. En ellos tiene que apoyarse todo raciocinio: de ellos debe desprenderse todo argumento para el encomio ó para la censura. Escritos en que resalta la ingenuidad más candorosa, crónicas contemporáneas desnudas de toda pretensión y artificio, no pueden ser miradas como un acopio de materiales sin valía, cuando precisamente su objeto exclusivo es el mismo que ha de serlo de las críticas investigaciones. Además, ¿de dónde se sacarán datos para formar concepto de las cualidades y doctrinas de Jesucristo, si de los textos evangélicos no se extraen? La historia profana, excepto brevísimas indicaciones, guarda un silencio absoluto acerca de él, y los demás libros canónicos se puede decir que tocante á su historia personal no son más que traslados y comentarios de aquel texto. En los evangelios está todo lo que puede saberse, ó minuciosamente descrito ó misteriosamente compendiado. Desechada por el incrédulo esta clave, los actos, la índole y aun la existencia de Jesús no serían más que un enigma indescifrable. Sin ellos le fuera preciso confesarse rodeado de tinieblas: sin este faro adelantaría menos en sus investigaciones que el minero sin luz artificial escavando subterránea galería.

Ahora bien: que á los sagrados evangelios no se les quiera conceder más que una simple fé humana, que sean admitidos en todo ó en parte, que se les estudie íntegros ó se descarte toda narración maravillosa, que se respete su autenticidad ó se confundan con ella los fragmentos existentes de los que la

Iglesia ha declarado apócrifos; siempre se habrá de convenir en la necesidad de atenerse á ellos para apreciar el carácter de Jesucristo. Puesta en salvo nuestra creencia, y presupuesto que no escribimos una disertación teológica, cosa ajena de nuestros estudios y muy superior á nuestras fuerzas, no tenemos reparo en acceder por un momento á las exigencias del incrédulo racionalista. Si le incomodan los brillantes testimonios de la divinidad de Cristo aglomerados en el evangelio de san Juan, haremos como quien se deja convencer por las objeciones de su estilo oriental y posterioridad de su fecha. Supondremos al discípulo querido iniciado en la misteriosa fraseología de la *gnosis*, y perdido en el inextricable laberinto de sus símbolos y emanaciones; pero, por mas largos que seamos en concesiones, ¿será posible dudar de ciertos pormenores consignados en las páginas de san Lucas y san Mateo? Niéguese cuanto se quiera todo lo que pertenece á un orden sobrenatural; pero ¿es posible rehusar crédito á los sucesos que referidos por tales historiadores no chocan con las leyes ordinarias de la naturaleza? ¿Cabe la menor duda, por ejemplo, en que el itinerario de la predicación de Jesús trazado en los evangelios no puede menos de ser aceptado como verdadero?

Ni la incredulidad mas osada ni el mas terco escepticismo pueden poner en duda que las palabras y razonamientos, que los evangelistas ponen en boca de Jesucristo, hayan sido por él proferidos. Por ellos ha dado á conocer, no solamente su doctrina, sino tambien su carácter. Al juzgar á Jesucristo los que repudian sus milagros, no han de juzgarle tanto por los acontecimientos de su vida como por las cualidades de sus dichos y sentencias, puesto que mas se parece á los filósofos y oradores que á los príncipes y repúblicos eminentes. Ahora bien, ¿no consta en la narración de los evangelistas citados que Jesucristo, no una sino muchas veces, espresó claramente ser Dios? ¿No hacia él mismo frecuentes alusiones á su divinidad? Llamándose hijo del hombre ¿no se llamaba tambien hijo de Dios? ¿No establecia entre él y su Padre una identidad perfecta? ¿No hizo generoso alarde de su poder de perdonar los pecados? ¿No afirmó que por su propia virtud resucitaria, y que bajaria otra vez sentado en un trono de majestad, rodeado de nubes y de los ángeles del cielo? Fácil nos seria multiplicar aquí las citas y los textos; pero ¿á qué conduciría semejante enumeración? Es innegable que Jesucristo con sus palabras aseveró su divinidad: se podrá contradecir su aserción, pero no tergiversar su testimonio.

J. Salvador, moderno escritor israelita, y en opinión de algunos teólogos católicos el mas temible y peligroso entre los francos adversarios del cristianismo, reconoce y confiesa explicitamente que Jesús de Nazareth habló de sí mismo como de un Dios, que sus discípulos lo repitieron, y que el curso de los acontecimientos vino á demostrar con toda la plenitud de la evidencia que ellos así lo entendían. Sea que nuevo Caifás intente reproducir la acusación de blasfemia, ó sea que simple historiador se limite á consignar un hecho de tan singular trascendencia; ello es que el natural y apasionado enemigo de Jesucristo no puede menos de convenir en que á este asombroso personaje es á quien cabe la responsabilidad ó la gloria de haber introducido en el mundo la creencia en su divinidad. Él afirmó, sus discípulos no hicieron mas que repetir las afirmaciones de su maestro.

¿En qué terrible alternativa pues se encuentran los que tejiendo magníficas alabanzas de Jesucristo, en el fuero de su conciencia no reconocen su altísima dignidad! Si persisten obstinados en su ceguera y se empeñan en buscar nuevos datos para juzgarle, ¿no se les puede decir irónicamente: *quid adhuc egemus testibus? ecce nunc audistis blasphemiam; quid vobis videtur?* Porque en efecto, ó es un Dios, ó ha sido un blasfemo. Si él hubiese guardado un silencio absoluto acerca de su naturaleza, si la creencia en su divinidad fuese una invención de los primeros siglos, y hasta si solamente pudiésemos hacer responsables de esta doctrina á los apóstoles, todavía la incredulidad tendria por donde escaparse. La cristiandad entera viviria engañada, pero Cristo no seria el engañador. Mas no es así: él se presentó á sus compatriotas como su Mesías, como su esperado, como su Dios; él ha asegurado serlo, lo ha dicho, lo ha repetido; su testimonio escrito está, sus historiadores lo reproducen con frecuencia, y todo el mundo puede en cierta manera decir con los pontífices de la sinagoga: *ipsi enim audivimus de ore ejus.*

Apropiarse la esencia increada una miserable criatura, aspirar á la divinidad, pretender revestirse de la inmensidad, de la omnipotencia, de la suma justicia, de la infinita misericordia del Sér supremo, ¿qué nuevo género de ambición es esta que desdeña la diadema de los césares y pugna por usurpar la corona de Dios? Cuando no hay brazo tan fuerte para realizar esta idea, ¿cómo puede haber pensamiento tan osado para concebirla? Sacrilegio tan enorme no tiene nombre en el catálogo de los crímenes, y solo tiene cabida en el ancho círculo de las extravagancias. No basta el desenfreno de las

pasiones, es necesario el trastorno de las facultades intelectuales para cometer tal desatón a la majestad divina. Se comprende que el grande Alejandro después de haber avasallado la tierra, que los césares romanos en el deslumbramiento que les causaba el incienso de sus serviles aduladores, la inmensidad de sus tesoros, la grandeza de su poder y la saciedad de todos sus apetitos, mandaran que se les erigiesen estatuas en los templos, que se les rindiesen honores divinos, que el dictado de Dios se añadiese á sus títulos y tratamiento; pero ¿cómo comprender que un nazareno oscuro, que el hijo de un artesano pudiera sobrepasar en soberbia y en infatuación á esos gigantescos tipos de la corrupción y vanidad humanas?

Si Jesucristo no es Dios, ha sido el mas temerario de los impostores ó el mas insensato de los visionarios. La audacia de su pretension no tenia ejemplares ni ha tenido imitadores. El mago que se propuso reinar en Persia bajo el supuesto nombre del príncipe Smerdis, Mahoma que se proclamó á sí mismo profeta de Alah, no concibieron un plan tan atrevido. Si hombre de actividad, talento y energía proyectó la mayor de las revoluciones sociales para substituir sus propias ideas á las doctrinas y culto de sus mayores, y para llevarla á cabo no cejó ante la sacrilega perspectiva de presentarse como Dios; si puesto en el camino de su ambicion se aprovechó de antiguas tradiciones y vaticinios abusando de la credulidad de su pueblo; si diestro en ejercicios de prestidigitacion, ó por medio de procedimientos científicos desconocidos, trató de imponer á la multitud arrogándose un poder sobrenatural; si hizo admitir sus cálculos y conjeturas como fenómenos de presciencia, y lisonjeándose con la esperanza de ser tenido por Dios después de su muerte, no se acobardó por los tormentos que esta debia costarle; si para conseguir su objeto no vaciló en afirmar una y otra vez que era Dios, y con toda la impavidez de una sangre fria imperturbable se ratificó ante la asamblea de los sacerdotes que le juzgaban, ante la fiereza de los sayones que maniatado le tenian; ¿puede darse mayor profanacion del nombre augusto de Dios? cabe mayor atentado contra la divinidad? Y ¿seria posible que el mas estupendo de todos los crímenes fuese tambien el crimen mas afortunado? Mas, ¿si en vez de ser el engañador era él mismo el engañado? si trastornaba la imaginacion de los demás á causa del trastorno que en la suya experimentaba? si víctima de sus ilusiones creia de buena fé en sus palabras? si fanatizado por las ideas religiosas y por la lectura de los profetas, se aplicaba

sus misteriosas espresiones y se tenia á sí mismo por el Mesías prometido á su gente? si se figuraba ser Dios como otros se figuran ser reyes y emperadores y toman por manto de púrpura sus andrajos? entonces ¿qué locura mas completa, qué monomanía mas desalentada que la suya? ¿A qué viene pues ese tratamiento de varon ilustre conferido á Jesucristo, ese prurito de enaltecerle como mero hombre, de sentarle entre los genios, filósofos y legisladores, de colocarle en los puestos mas elevados de la escala social? Admiracion hipócrita! encomios alevosos! Jesucristo forma un orden, un reino aparte, como el hombre lo forma en las clasificaciones de los naturalistas; y si no es así, por criminal ó por demente debiera ocupar las gradas inferiores de la humanidad.

Ello no hay medio. Ó Jesucristo está con toda justicia en los altares que hoy ocupa, ó lo estuvo en el atroz patíbulo á que le condenaron, si no mejor bajo la blanca túnica que Herodes mandó vestirle. Ó debemos rendirle la adoracion mas completa, ó debe excitar en nuestros pechos indignacion ó lástima. Los sectarios del islamismo miran á los dementes con cierta veneracion y respeto. Las inteligencias orgullosas que encubren su incredulidad bajo un velo mas ó menos transparente, al hablar de Jesucristo no gritan como los judíos: *reus est mortis*; pero ¿será que sus homenajes tengan cierta analogía con el respeto de los musulmanes?

T. AGUILÓ.

BISMARCK Y LOS CATÓLICOS ALEMANES.

La política anti-católica y poco prudente de M. Bismark empieza ya á dar el fruto que su mismo autor debia prometerse. Los católicos alemanes, que no han opuesto obstáculo alguno á la creacion del imperio y que en la última guerra han derramado sin tasa ni medida su sangre generosa para hacer mas brillante la nueva corona imperial, se muestran poco dispuestos á que se impongan humillaciones y trabas á la libertad de su conciencia.

Hasta ahora estos buenos ciudadanos se han contentado con hacer una resistencia pasiva á las injustas disposiciones del gobierno, y la misma asociacion de católicos alemanes, en la que figura toda la alta y poderosa nobleza de las provincias rhinianas, y que es la directora del movimiento en las mismas, no ha traspasado los límites de esa resistencia. Otras asociaciones y gran número de ciudades han dirigido mensajes mas ó menos enérgicos con motivo de la ley contra los jesuitas y de la interpretacion tiránica que la ha dado el gobierno, y que ha excitado vivamente la indignacion popular, muy aumentada por los procedimientos brutales que los delegados del gobierno han puesto en práctica al cumplir las órdenes superiores á que obedecian.

Esta agitación sorda y tenaz acrecienta de día en día, y ha producido ya algunos graves sucesos como los de Essen. Ella debe inquietar al ambicioso Bismark, que se coloca frente á muchos millones de alemanes, que si han sido hasta aquí los mas firmes sostenedores de un imperio hipócritamente místico, pueden ser en adelante el enemigo mas temible de la unidad germana. Y como esta agitación no se limita á las poblaciones rurales ni á las clases aristocráticas, sino que se propaga á los grandes centros industriales en que los obreros no son miembros de la *Internacional* otro gran enemigo del imperio, es de temer que la situación del activo y poderoso canciller sea mas crítica de lo que exige la proximidad de las contingencias internacionales que le amenazan.

Los desórdenes de Essen habrán dado la primer señal de alerta al gobierno imperial. Consta dicha villa de 36.000 habitantes, en su mayoría obreros, pues solo la fábrica de M. Krupp el célebre constructor de cañones sostiene diez mil de ellos. Esta poblacion es católica con pocas excepciones. Los anteriores detalles esplican la facilidad con que se conmovió la ciudad mencionada: tan pronto como supo que la policía iba á expulsar á los padres jesuitas, los obreros acordaron protestar contra esta medida, organizando segun se acostumbra en aquellos países una procesion con luces: la autoridad prohibió la manifestacion, pero los obreros no desistieron, y entonces empezó la lucha provocada por la proverbial dureza de maneras que distingue á la policía prusiana. Esta fué rechazada, y las turbas demolieron parte de las casas del prefecto (*Candraith*) y de su secretario. Trenes especiales llevaron dos batallones de infantería, cuyos fusiles de aguja hicieron menos impresion en el ánimo de los amotinados que los consejos de personas respetables de la ciudad, entre las cuales es seguro que se hallarian los mismos jesuitas á quienes la calumnia ha presentado como instigadores del motin.

Estos sucesos, no reproducidos despues, han causado gran impresion en toda Alemania, pero muy principalmente en la Alsacia Lorena, que se distingue, no solo por sus grandes centros industriales y mineros, sino por su ferviente amor á la doctrina católica. Compréndese que estos sentimientos, si se ultrajan de una manera sistemática, avivaran los no apagados recuerdos patrióticos de estas provincias que acaban de ser unidas á Alemania, y todo puede producir los mas graves inconvenientes para el autócrata de Berlin. Este podrá acallar los movimientos aislados que puedan surgir; pero la sangre alemana así vertida no asegurará la paz interior, que tanta falta hace á una nacion que está cercada de las mas graves complicaciones exteriores.

No son estas llamaradas de entusiasmo religioso patrimonio exclusivo de las clases obreras; inspira aun mayor respeto la oposicion que hacen á las leyes anti-católicas las clases ricas é ilustradas, en particular en las provincias del Rhin, oposicion contra la que nada pueden los fusiles de aguja ni los sables de la policía, oposicion que está creando un gran número de poderosas asociaciones católicas, cuya influencia ha de llegar á ser incontrastable bajo la suprema direccion de la *Asociacion de los católicos alemanes* establecida en Maguncia.

Este importantísimo comité ejerce ya una influencia extraordinaria entre los católicos de Alemania. En él tienen representacion todas las provincias del imperio, y con este

título se sientan en él el baron de Loe por Silésia, el consejero de Kehler por Berlin, el principe de Isemburgo por las provincias del Rhin, el conde de Stolberg por la Westfalia, y dos miembros de la cámara de los señores por Baviera. A él acuden como á centro comun todos los esfuerzos de los católicos, y de él parten las órdenes que han de dirigir en un sentido ó en otro el movimiento religioso de Alemania.

La Germania, el mas notable de los periódicos que all se escriben en defensa de la Iglesia, publica en uno de sus últimos números una interesante noticia que imprimirá nuevo vigor y mayor carácter á la accion de los católicos. Asegura dicho periódico que los obispos alemanes se reunirán en Fulda en el mes actual con objeto de tomar las medidas necesarias para asegurar el libre ejercicio del culto católico y la libertad de conciencia atacados por el gobierno prusiano.

Este debe comprender en vista de todo que es peligroso el camino que ha emprendido. Convencido debe estar de que los medios violentos le darán peor resultado que los medios indirectos con que ha pretendido amenguar la fuerza de la Iglesia alemana. Ya ha visto de qué utilidad ha sido su proteccion á la secta de los viejos católicos, de que ya ni se habla siquiera. Los Döllinger y comparsa de protestantes, judíos y racionalistas han caído, y ni siquiera escitan la curiosidad.

Está pues M. Bismark frente á frente de los católicos alemanes: lo peor será que estos se pongan frente á frente del imperio. Veremos quién vence á quién.

(*Del Pensamiento Español.*)

CRÓNICA.

Contestando el papa á una comision del colegio Capranica, á la cual recibió en audiencia el 24 de agosto, pronunció el siguiente discurso:

«Como de costumbre, he recibido varias cartas esta mañana: diariamente me llegan gran número de ellas de todas las partes del mundo, dirigidas por personas de todas categorías, esponiéndome las necesidades de la Iglesia. Entre las recibidas hoy se encuentra un pliego traído por un buque que hizo escala en Liorna ó en algun otro punto del litoral. Con motivo de ser la procedencia del buque la de Nueva-York, hizo temer el contagio de la viruela, por cuya razon el gobierno tomó las precauciones acostumbradas en estos casos, (por lo cual no debe censurársele de la manera que por otras cosas merece). Todos los objetos que el buque conducia fueron detenidos, incluso mis papeles. Al cabo han llegado estos á mis manos esta mañana, en muy mal estado, y agujereados de un modo tal que apenas se pueden leer. Dejémos pues este asunto.

El colegio Capranica marcha por buen camino, la conducta que observan los alumnos es digna de elogios; pero si entre vosotros se encontrase alguno que fuera un poco rebelde y desarreglado, los superiores se verian obligados entonces á hacer uso del rigor de ciertas medidas del reglamento para impedir que la epidemia moral se propagase en el colegio de unos á otros. Entonces seria necesario que alguno agujerease de parte á parte las cartas. Las cartas entonces se recibirian picadas..... ¿pero qué hacer? Es necesario tener paciencia y humildad; en una palabra, es indispensable recurrir á un justo rigor empleado por el bien comun.

Hace cincuenta años que conozco de cerca el colegio Capranica, al que siempre he estimado mucho, estimacion que con el tiempo se ha aumentado. A pesar de esto, si en

dicho colegio se encontrara alguna cabeza ligera (el padre santo pronunció estas palabras chanceándose), se le aplicarían los rigores de que he hablado. Recibid mi bendición, con el fin de que hagais mayores progresos en vuestros estudios y en vuestra piedad.

Bendigo al colegio con sus superiores, bendigo también a vuestras familias. ¡Que esta bendición os haga dignos de las glorias del paraíso!»

Acio seguido, Pio IX recibió en audiencia a los individuos de la *Sociedad de propaganda de la devoción de S. Luis*. Hé aquí el discurso que pronunció:

«Bendigo con todo mi corazón esta nueva sociedad. Estoy seguro que desde el día de su formación está animada del mayor celo y fervor que con la protección de Dios se acrecentara aun más en lo sucesivo. Como prueba de ello, véase el acto que esa juventud ha llevado a efecto, presentándose el óbolo que tiene dispuesto (y que dos veces ya ha intentado presentarme), el cual indica el afán con que procurais manifestar vuestro cariño y devoción al sucesor de san Pedro jefe de la Iglesia.

Sin temor de ser desmentido, creo que ese mismo sentimiento de la juventud es la expresión del deseo de todos los que rinden homenaje al vicario de Jesucristo, ultrajado por los impíos, con el fin de animarlo en medio de las aflicciones que le rodean por los males de la Iglesia, y de darle fuerzas para la defensa de los derechos de la santa sede.

Espero que no sereis menos fervientes en la oración: pedid constantemente a Dios que nos socorra en medio de los peligros que nos rodean, pedidle remedie los males que nos amenazan, implorad su misericordia y su piedad para las tribulaciones presentes, con el fin de que se acuerde de nosotros y nos libre de este estado de violencia y de opresión, que es verdaderamente insostenible e incompatible con la naturaleza humana; pedidle que se acuerde de nosotros y permita la vuelta del reino de la justicia, de la verdad, del derecho y de la tranquilidad de la vida, de manera que nosotros podamos conocer que lo blanco es blanco y que lo negro es negro, y en fin que acabe el desorden que ahuyenta el bien y lo sustituye con toda clase de males.

Entre tanto, os bendigo en vuestras personas y familias, con el fin de que seais dignos de servir a Dios fielmente en esta vida y de alabarle y bendecirlo eternamente en la otra.»

El espectáculo que ofrecen los buenos católicos de toda Europa, uniéndose, orando y obrando en presencia de los grandes peligros que por todas partes les rodean, es admirable y consolador.

En unas partes reuniones para orar, en otras suscripciones para socorrer, en otras congresos para discutir: para todo peligro un esfuerzo, para todo mal un remedio. Esto es lo que hacen los católicos en Austria, Alemania, Inglaterra, Italia, Suiza y Francia. Un nuevo e importante hecho de este género tenemos que registrar hoy, la apertura del *Congreso de la enseñanza cristiana* que acaba de verificarse en París, y que va a ocuparse de una de las más grandes cuestiones de nuestro siglo, de un problema del porvenir, de la enseñanza y educación de la juventud. En el local del *Círculo católico* tuvo lugar el lunes 2 del actual este notable suceso, bajo la presidencia del conde Kranz de Champagny de la Academia francesa, quien empezó la sesión recitando el *Veni Sancte Spiritus* y acabó su discurso proponiendo que se pidiese la bendición de su santidad. En este día tomaron parte los Sres. Allemand y P. Bailly y el diputado Delpit, cuyas palabras merecieron la más entusiasta acogida.

Dios premie los esfuerzos de los valerosos católicos franceses que han iniciado tan excelente obra.

Notable movimiento religioso se está verificando en todo el imperio austriaco. Aquellos católicos se limitan hoy a orar, porque preveen que los tiempos futuros son de prueba, y que es necesario fortalecerse con la oración para poder luchar ventajosa y valerosamente contra los enemigos de Dios y de la sociedad.

En Austria, como en Bélgica y otros países, se han organizado con este objeto peregrinaciones religiosas, y millares

de peregrinos acuden a los santuarios más celebrados de cada comarca. Las últimas manifestaciones religiosas de este género han sido magníficas en las diferentes provincias del imperio. Una de las verificadas en una diócesis de Galitzia contaba 20,000 asistentes. En el santuario de María-Zell, comulgaron el día de la Virgen más de 9,000 personas, y por la tarde 10,000 fieles llevando cirios encendidos acompañaban a la procesión.

Con fecha del 2 del actual vino de Munich este telegrama:

«El ministerio en masa ha presentado la dimisión. El rey ha encargado la formación de un nuevo gabinete al señor Gassez, que pertenece al partido católico y particularista enemigo de la unidad alemana.»

La subida al poder del partido católico y patriota de dicho país tiene en estos momentos gravedad suma. El rey de Baviera no ha temido dar este paso, que ha de ser muy desagradable a Bismark, en víspera de la entrevista de los tres emperadores, es decir, cuando la omnipotencia prusiana ha llegado a su punto álgido. Confesamos que, si algo puede preverse en política, el cambio ministerial de Munich tiene una trascendencia que no se limita a los asuntos interiores de Baviera.

Al felicitarnos vivamente de la entrada de los católicos y patriotas bávaros en la gobernación de su patria, abrigamos una esperanza y un temor. La esperanza es que la Iglesia recibirá con este motivo algunas reparaciones, entre las cuales podemos contar la privación de apoyo y ayuda a los pobres doellingerianos. El temor se funda en el conocimiento que tenemos de las prácticas constitucionales de los liberales, que en Baviera como en Bruselas apelarán en caso necesario a brutales recursos, a motines callejeros en prueba de respeto a la regia prerrogativa. Por fortuna los católicos han aprendido ya lo necesario.

El 4 del corriente fueron espulsados por las autoridades prusianas los padres jesuitas de Strasburgo, prodigándoles la población en masa demostraciones de simpatías, y aclamándoles dignos granaderos del papa. Las órdenes religiosas de Irlanda se preparan a recibir a los miembros de sus órdenes respectivas espulsados de Alemania.

En Inglaterra las clases elevadas ofrecen numerosos ejemplos de conversión, entre los que fué insigne el dado hace tres años por el joven y opulento marqués de Bute, uno de los mejores paladines que hoy tiene la propaganda católica. Unas 300 personas de la aristocracia inglesa han imitado su ejemplo, y una cosa análoga sucede en Alemania, donde el almanaque condal nombra a 14 condes y 13 condesas que han abjurado los errores del protestantismo.

Segun noticias de Inglaterra, el Rdo. Dr. E. B. Pusey, célebre por la lucha que ha sostenido contra el protestantismo oficial ó anglicano, y fundador del puseismo que admite hasta la confesión auricular, ha dado el último paso que lo separaba de la Iglesia romana. Pusey debe estar ya camino de Roma, en donde se propone abjurar solemnemente sus errores a los pies del vicario de Jesucristo.

Tenemos la satisfacción de consignar que el señor don Antonio Ferrer del Río, al acercarse sus últimos instantes, pidió los santos sacramentos confesándose devotamente, y lamentándose de no poder recibir la sagrada Eucaristía por tener llagada la boca.

Antes de espirar declaró que no creía haber escrito nada contra el dogma católico en la *Historia del reinado de Carlos III*, pero si la autoridad competente decía lo contrario, él se retractaba por completo y de todo corazón.

Aprendan los enemigos de la Iglesia y comprendan la verdad de la frase del Sr. Aparici y Guijarro: *A la hora de la muerte todos son neo-católicos.*